

en 1959 fue elegido Presidente de la República. Es la edad la que le retira. Su prestigio de viejo luchador ha prevalecido si e m p r e por encima de unas maneras autoritarias y duras.

Es posible que el sucesor de De Valera sea el actual primer ministro saliente, Lynch, aunque él ha anunciado repetidas veces que no se presentará a las elecciones. Su partido le presionará para que se presente, y tiene el suficiente prestigio personal como para ganarlas.

La cuestión del Ulster no parece haber influido decisivamente en estas elecciones. No se espera que la política con respecto a esta cuestión varíe. En la forma, sin embargo, Lynch trató siempre de cooperar y entenderse con la Gran Bretaña, y es posible que la nueva coalición se presente como más dura y reñidora. Pero eso dependerá también de las circunstancias, y estas circunstancias van endureciéndose sin cesar: probablemente Lynch también se hubiese tenido que endurecer.

ORIENTE MEDIO

LOS REHENES DE JARTUM

La credibilidad —la capacidad de ser creído— es un término relativamente nuevo en política. Aparece con toda su fuerza en la teoría de la escalada (Herman Khan y los estrategas del Hudson Institute) y está íntimamente relacionada con otro término, el de estrategia de "raciocinio en lo irracional". Está claro que la escalada es el ascenso en una serie de amenazas: para que el enemigo las crea han de ser creíbles, y la credibilidad de un escalón depende de la fuerza con que se aplique al anterior. La credibilidad ha producido ya grandes catástrofes: una de ellas, la guerra de Vietnam, hasta su último momento —los bombardeos feroces cuando ya la tregua estaba decidida, para hacer creíble la actitud norteamericana de continuar en caso de desacuerdo—.

El drama del Oriente árabe está entrando en esta siniestra escalada de la credibilidad. Después del asesinato de los tres rehenes diplomáticos en Jartum, un portavoz de los secuestradores dijo: "Así, la próxima vez que amenecemos, creeran en la realidad de esta amenaza". Previamente, los Estados Unidos, el gobierno del Sudán y el de Arabia Saudita habían decidido no pactar en esta situación, para dar credibilidad a su posición de que "no se negocia bajo la amenaza". Lo cual, generalmente, no es cierto: se negocia siempre bajo la amenaza, o bajo la sospecha de que uno no puede dominar. Se negocia cuando se sabe que es peor el resultado de la no negociación. En este caso, los gobiernos no negociantes sabían que, aun en el peor de los casos, en el de que los guerrilleros cumpliesen su amenaza, el resultado sería mejor que el de negociar.

La muerte de los rehenes nunca será atribuida a los gobiernos no pactantes, sino a sus ejecutores directos: y esta muerte redundará en su desprestigio, sin haber añadido un ápice de ventaja a la causa palestina. Por el contrario, la negociación si les hubiese servido: hubiese supuesto una propaganda de fuerza y capacidad en el mundo, y habría conseguido la liberación de los prisioneros palestinos. Parece una considerable capacidad de error iniciar una operación en la que el enemigo supuesto encuentra sus mayores ventajas si se cumplen las amenazas que pretendidamente se dirigen contra él. Atribuir al enemigo un interés especial por las vidas humanas es absurdo cuando uno mismo no se la atribuye.

En este, como en casi todos los casos, las vidas de los rehenes no importan nunca a las partes en lucha, a menos que sean de esas vidas que se consideran "sagradas", que son realmente muy pocas en el panorama político. Importa solamente la opinión pública, y es precisamente con esa importancia exterior con la que se juega. Y el que pierde, gana.

Generalmente, el final se establece en un intercambio de telegramas de pésame. Golda Meir, "profundamente conmovida", se nos dice, por la tragedia, ha enviado un mensaje de pésame al Presidente Nixon. Hace pocos días, el Presidente Nixon había enviado telegramas de pésame a Libia y El Cairo por las víctimas del avión derribado por las cazas de Golda Meir —fabricación americana— en una operación de credibilidad: hacer creíble que Israel está dispuesto a derribar todo avión que atraviese su territorio, sea civil o no.

La Capilla siXtina

EN BUSCA DE LAS FUENTES

Me decía el otro día un joven científico que está por realizar un esfuerzo de recuperación de las intenciones de ciencia española anteriores a la guerra civil. Razonaba el muchacho que se han perdido las huellas del intentado renacimiento cultural de la década 1925-1935, una década presidida culturalmente por la importación de racionalismo y surrealismo en cantidades equivalentes.

—Después de la guerra asistimos a un esfuerzo para construir una cultura más nacionalista que nacional, mistificada y mistificadora de los auténticos valores de nuestra cultura. Pero, aun con todo, aquel intento significaba una voluntad de identidad. Lo horroroso fue cuando sobre esta endeble base mistificada empezó a caer el bombardeo de la colonización cultural, en ciencia, tecnología, cultura de masas.

Creo que el problema español se repite en cada una de las realidades nacionales en las que se ha filtrado el germen del imperialismo económico, político y cultural. Si esas realidades tienen sobre buen andamiaje el propio edificio cultural, se resiste el embate por arriba, aunque a nivel subcultural la batalla esté ya, casi, irremediablemente perdida.

Entre nosotros, el problema es grave. De nuestra memoria se han borrado los hitos culturales de nuestro pasado anterior al diluvio. En el Arca de Noé sólo se salvaron los que llegaron con el temporal o los que lo dejaron pasar prudentemente. Los que quedaron desarbolados por el huracán, los que fueron arrojados a otras playas, los que murieron, desaparecieron de la educación primaria, de la secundaria, y sólo fueron recuperados por la vanguardia universitaria en estos últimos quince años, difícilmente, a veces esquemáticamente.

Y esta situación no sólo afec-

ta a los físicamente implicados en el drama español de nuestra guerra, sino a los que históricamente resultaron afectados en sus tumbas por las consecuencias del conflicto. ¿Qué conciencia comunitaria hay de nuestros ilustrados? ¿De nuestros socialistas utópicos? ¿De los contestatarios de la Restauración? Y buena parte del mejor pensamiento español en todos los campos del saber tuvo la desgracia o la honestidad de apostar por causas históricas que se perdieron. El resultado es una falsa conciencia comunitaria de nuestra cultura, expuesta a la invasión de los jerarquizados valores exteriores.

La burguesía francesa no ha perseguido a Joliot Curie por el hecho de ser comunista. Lo ha convertido en el eslabón de la cadena de la identidad cultural nacional. Monod fue uno de los médicos en las barricadas del mayo francés, pero no por ello ha sido trasladado al desván de los perdedores ocasionales.

España penetra en un peligroso proceso de interdependencia económica, vive una real situación de interdependencia política, está cayendo en una fatal situación de sometimiento cultural. De un pasado no pacificado nos llega una cultura que sólo entierra a los muertos vencidos por la política y, sin embargo, invencibles a la luz de la verdad artística o científica. Sólo recuperando su memoria, saliendo de esta angustiada amnesia hacia buena parte de nuestro ser, podríamos resistir la tentación de perder por abandono el partido con la cultura anglosajona.

Nebrija escribió que «siempre fue la lengua compañera del Imperio». Si en cierta época se le hizo un caso tan extremo, habría ahora que temer la consecuencia de esta premisa: siempre fue la mudez la compañera de la colonización.

SIXTO CAMARA